

Sufrirás una ejecucion bochornosa; te embargarán hasta la camisa, y sin embargo no pagarás tu deuda, porque la fortuna te ha vuelto la espalda, y tus negocios no llevan buen camino. Volverás á caer en la miseria, en la peor de las miserias, porque no hay nada más horrible que ser pobre despues de haber sido rico, y para que no puedas confundirte en la muchedumbre te seguirá como un escarnio el brillo de tu pasada celebridad, y al señalarte con el dedo, no dirán ése es Miguel Lanuza, sino ése es Miguel el tramposo. Todo esto es cierto, evidente, próximo é inevitable; pero ¿á mí qué me importa?.....

Todas las palabras que acabo de escribir, lentamente pronunciadas, fueron cayendo una á una en el ánimo de Miguel, causándole la acre impresion que debe producir un ácido activo derramado gota á gota sobre la carne viva de una herida abierta. Y como el enfermo á quien se le aplica un medicamento enérgico, que exacerba la dolencia trastornando su máquina, y duda si aquello será su salvacion ó su muerte, Miguel clavó en Matusalem los espantados ojos, y le dijo :

—No sé si intentas salvarme ó quieres acabar de perderme.

Luchando con esta idea pasó Lanuza muchos días. No se acostumbraba á la perspectiva de la ruina que Matusalem le habia pintado, y no encontraba cara á propósito para presentarse delante de las señoras de Vegahonda. No podia pensar en Mercedes sin que la sombra del Duque se interpusiera, levantándose entre los dos con terrible aspecto. Y por otra parte, sólo la mano de la criolla podia salvarlo de la ruina que se le acercaba. Aquel pagaré maldito le helaba la sangre, porque Matusalem habia dicho la verdad; sus negocios no iban bien, y habia perdido la audacia que da la fortuna; jugaba con miedo, y es cosa sabida que la buena suerte huye de los cobardes.

Indeciso ante la alternativa que se le ofrecia, confuso entre la sombra del Duque, que le cerraba el paso, y el pagaré de los cien mil duros, que le abria un abismo, le ocurrió un término medio, un paso indeciso, un recurso indirecto; le ocurrió la idea de esperar; esto es, se cruzó de brazos, resuelto á ir adonde

lo lleváran los sucesos, proponiéndose como regla invariable de conducta no huir de la criolla ni buscarla. Si los trescientos mil duros de renta de la rica americana se le venian á las manos, los tomaria y nada más. Lo que es empeñarse en la empresa de conquistarlos, eso nunca. A nuestro héroe no se le ocurrió resolución más heroica, y como uno de tantos aventureros, se dejó llevar á la ventura. Llevaba en el fondo de su pensamiento un germen de tristeza, de la que sólo *Bel-Khrer* acertaba á distraerlo. Esta melancolía se reflejaba en su rostro, bañándolo de palidez extraña, al traves de la que brillaban sus ojos y sus sonrisas, como suele brillar el sol de la primavera que acaba entre las nubes indecisas del otoño que empieza. Parecía que pasaba su alma por un misterioso crepúsculo, y habria sido difícil asegurar con acierto si eran las primeras claridades del dia ó las primeras tinieblas de la noche.

Alguna vez era objeto de las conversaciones de sus amigos la transformacion de su fisonomía.

Decían unos :

—No parece el mismo.

—Ya se ve, añadian otros; hasta ahora ha sido un niño y ya empieza á ser un hombre; ésa es una transformacion natural. La infancia se prolonga algunas veces hasta los veinte y cinco años, y Lanuza ha cumplido ya veinte y ocho. No ha de llegar á la vejez con las mejillas sonrosadas y la frente tersa como una colegiala.

—Tal vez, advertia un tercero, padezca alguna enfermedad latente; ya saben ustedes que la tisis está de moda, y es hasta un recurso dramático, no ciertamente del mejor gusto, pero en fin, con algo habia de sustituirse el sentimentalismo presente, el puñal y el veneno del romanticismo pasado.

—Ca, replicaban; Lanuza es robusto como un roble. Más que físico parece enamorado.

—¡Enamorado! exclamaban algunos. ¿Y de quién?..... No se enamora un hombre de talento tan fácilmente; el amor es la locura de los tontos y de los viejos. Más fácil es que lo mortifique el apetito desordenado de alguna ambicion desmedida..... precisamente ésa es la pasion de nuestra época.

—Yo creo, añadió uno bajando la voz, que padece una enfermedad moral, que se llama envidia; esto es, tristeza del bien ajeno.

Estas conversaciones las cortaba siempre Guillen, diciendo:

—No dan ustedes pié con bola. No es la edad, ni la tísis, ni el amor, ni la ambicion, ni la envidia lo que entristece el rostro de Lanuza; es pura y simplemente la sombra del Duque, que la lleva siempre delante de los ojos.

Entre tanto ocurrían en la casa de las señoras de Vegahonda cosas que no dejaban de ser singulares, y que oídas de boca de los criados con las exageraciones propias de todo el que quiere realzar el interés de lo que refiere, llegaban hasta á ser fantásticas.

Los primeros quince días posteriores á la muerte del Duque, la señora de Vegahonda estuvo inconsolable, Mercedes sombría y cabizbaja, los criados silenciosos y Francisca, acurrucada como siempre á los piés de su señora, lloraba hilo á hilo. El dolor parecía repartido entre la hija, la madre y la negra, en esta forma:

La primera se había encargado de la tristeza callada y ceñuda, la segunda de las exclamaciones dolorosas y de los suspiros profundos, y la tercera del llanto permanente; mas pasados los primeros quince días, la intensidad de la pena fué cediendo á las insinuaciones del consuelo. Mercedes comenzó á sonreirse, su madre substituyó á los hondos suspiros los largos bostezos, y la negra, aunque se deshacía en lágrimas siempre que se pronunciaba el nombre del Duque, escondía el llanto bajo el embozo de su capa encarnada, como si álguien le dijera al oído que aquel llanto era ya un llanto intempestivo.

Sin embargo, no siempre podía ocultar sus lágrimas, y la señora de Vegahonda le decía:

—No llore, Francisca; mire, ya no tiene remedio.

Mercedes no le decía nada, pero algunas veces le lanzaba miradas violentas, imperiosas; parecía que con el fuego de sus ojos quería secar las lágrimas en los párpados de la negra.

Un día amaneció Mercedes completa-

mente consolada, risueña y hasta alegre; un ligero sonrosado animaba sus mejillas, y sus negras pupilas brillaban con ese resplandor apacible que dejan en los ojos los sueños profundos y tranquilos.

Acercóse al espejo de su tocador, contemplándose con aire satisfecho; mas súbitamente cambió su semblante de aspecto, convirtiéndose la dulzura en asperéza, la satisfacción en ceño, la tranquilidad en zozobra. Tenía delante de los ojos campeando sobre el mármol blanco de la mesa una tarjeta de luto, en la que leyó atónita las siguientes palabras:

JAVIER CISNEROS DE QUIROGA,
duque de Montcalegre.

Llamó á sus doncellas sacudiendo violentamente el cordon de seda carmesí que pendía del techo, y ambas acudieron presurosas. Mercedes les preguntó con acento airado:

—¿Quién ha puesto ahí esa tarjeta?

Las dos se acercaron para ver el objeto que la niña les señalaba, y á un mismo tiem-

po se encogieron de hombros, mostrando en el ademán y en el semblante la más completa ignorancia.

—Averiguadlo, les dijo, averiguadlo al instante; y las doncellas salieron con la misma precipitación que habían entrado.

Después de hechas las más exquisitas averiguaciones, volvieron diciendo:

—Señorita, nadie.

—¡Nadie! exclamó Mercedes golpeando la alfombra con la planta del pié. Entónces, ¿cómo está ahí esa tarjeta? ¿Creeis que haya venido ella sola?

Una de las doncellas tomó la tarjeta, y examinándola, dijo:

—Es una tarjeta del señor Duque..... y tarjeta de luto. ¿Cómo ha venido aquí esto?

La otra añadió:

—Al señor Duque, que en paz descansa, se le murió un pariente poco después de haber vuelto de París; me acuerdo muy bien, pues me parece que lo estoy viendo todo vestido de negro. Entónces usaría esas tarjetas, y algunas dejaría en casa cuando no encontrara en ella á las señoras.

— Pero bien, replicó la criolla con viva impaciencia. Toda esa historia no conduce á nada; lo que yo pregunto es quien ha puesto esa tarjeta encima de mi tocador.

— Nadie, señorita, nadie, contestaron á la vez las dos doncellas.

— Eso es imposible, gritó Mercedes irritada, y arrancando la tarjeta de manos de la doncella, la arrojó á la chimenea, donde el fuego la devoró en un abrir y cerrar de ojos.

Nada pudo averiguarse. Mercedes decia que la noche anterior no habia en su tocador semejante tarjeta, y las doncellas juraban y perjuraban que aquella mañana no habia entrado nadie en el cuarto de la niña, que habia tenido el capricho de vestirse sola.

Mercedes no volvió á hablar más del particular; pero la tempestad de su enojo duró muchos dias, disipándose al fin como se disipan todas las tempestades. Al mes aún se discutia entre los criados el asunto de la tarjeta, porque habia entre ellos quien se obstinaba en creer que el mismo Duque era quien habia puesto la tarjeta sobre el tocador.

— Sí, sí, decian los incrédulos; un caballero tan completo es muy capaz de venir del otro mundo á hacerle una visita á las señoras.

No se sabe á punto cierto lo que allá en la intimidad de su alma pensaria Mercedes del suceso, mas es positivo que todas las noches registraba su habitacion, y su primera diligencia al levantarse era acudir al tocador con cierta inquietud, que revelaba vagos temores de encontrarse con una nueva tarjeta del Duque.

Cuando empezaron á desvanecerse sus temores se reia de ellos de la misma suerte que solemos reirnos durante el dia de los ruidos, de las sombras y de las luces que nos aterran durante la noche.

De cualquier modo, siempre quebaba en pié una cuestion, á saber: ¿quién habia puesto la tarjeta en el tocador de la niña?..... ¿Con qué fin?..... ¿Sería una casualidad? Coloquémonos en el caso de Mercedes y sintéremos el natural deseo de descifrar tan singular enigma por esa atraccion poderosa que ejerce sobre nuestro espíritu todo lo que es

desconocido, todo lo que es misterioso. Pensando de continuo en la inexplicable aparición de la tarjeta, la criolla llevaba como clavado en su pensamiento el recuerdo del Duque, sin poder desecharlo.

Algun tiempo despues ocurrió otra cosa parecida é igualmente inexplicable. Se encontró en el bolsillo de la bata un pañuelo que no era suyo, era un pañuelo de hombre, lo conoció con solo tocarlo; mas ¡cuál sería su asombro al ver en uno de sus ángulos una J. una C. y una G., sobre las que distinguíó tan finamente bordada como las letras una corona de Duque!

—¡Qué es esto! exclamó trémula dirigiéndose á sus doncellas, que acababan de vestirla.

Ninguna supo qué contestarle y ambas se quedaron mirándola con verdadera sorpresa.

—¿De dónde, les preguntó, habeis sacado este pañuelo para ponerlo en el bolsillo de mi bata?

—¡Señorita! exclamaron las doncellas.

—Sin duda ninguna, añadió, os habeis

propuesto burlaros de mí. Desde este instante estais las dos despedidas.

—Pero, señorita, preguntó la más jóven, ¿qué hemos hecho?

—¡Qué habeis hecho! dijo la criolla furiosa; poner este pañuelo del Duque en el bolsillo de mi bata. Salid, salid de aquí, añadió con acento imperioso. Primero la tarjeta, ahora el pañuelo. ¡Oh!..... la burla no puede ser más descarada, más insolente.

Quisieron replicar, pero la niña gritó con ademán resuelto:

—Fuera, fuera de mi presencia.

Salieron las dos mujeres haciéndose cruces, más admiradas de lo raro del caso que del enojo de la criolla; porque es verdad que el Duque pudo dejarse alguna vez olvidado aquel pañuelo, pero ¿cómo habia permanecido oculto hasta entónces?..... y sobre todo, ¿cómo aparecia en el bolsillo de la bata? Había sobrado motivo para devanarse los sesos. ¿De quién sospechar? ¿Quién se habia de atrever á semejante burla? La confusion de las doncellas crecia cuanto más pensaban en ello, porque estaban seguras de que

en el cuarto de la señorita no entraba nadie más que ellas, y algunas mañanas la señora, seguida como siempre de la negra ¿Sería la madre? Ca, imposible. La señora de Vega-honda, ¿cómo había de entretenerse en suscitarse de ese modo el enojo de su hija? ¿Sería Francisca?..... ¡Qué desatino! La pobre negra no se separaba de su señora y dormía á los piés de su cama lo mismo que un perro á los piés de su amo.

Entre los criados se comentó este nuevo suceso, asegurando unos que aquello no era cosa buena..... que la sombra del Duque vagaba por la casa haciendo de las suyas, pues siempre había sido un calavera..... Otros, riéndose de semejante parecer, decían que lo mismo lo de la tarjeta que lo del pañuelo era cosa de las doncellas, y que la señorita hacía muy bien en plantarlas en la calle. Y es el caso, que unos por mofa y otros muy seriamente habían adoptado una especie de *muletilla* que no se les caía de la boca. ¿Se rompía un plato?..... la sombra del Duque. ¿Se volcaba una silla?..... la sombra del Duque. ¿Se apagaba una luz?..... la sombra del

Duque. ¿No parecía el objeto que se buscaba?..... pues indudablemente la sombra del Duque lo había escondido. Todo se atribuía á la sombra del Duque, y las doncellas, despedidas por Mercedes, se consolaban de perder tan buena casa con la idea de que huían de tan mala sombra.

Amaneció el 24 de Setiembre, día de Nuestra Señora de las Mercedes—día del santo de la criolla—en el que cumplía veinte y dos años la rica heredera. Se había despertado aquella mañana oprimida por el dulce peso de una agradable languidez. Parecía, como vulgarmente se dice, llamada al interior. Tal vez pensara que aprovechando Lanuza la circunstancia de ser el día de su santo, se determinara á enviarle una tarjeta, porque ella, en su vanidad de mujer y de mujer rica, no debía sospechar que el retraimiento de Miguel fuese desvío, indiferencia ó desprecio. Lo veía más bien como una señal de temeroso respeto; era un proceder delicado, que á ella debía parecerle hasta tierno, pues él se privaba voluntariamente de verla por evitarle que el mundo la hiciera

objeto de sus malévolas murmuraciones. Mas sin duda pensaba al mismo tiempo que ya habian trascurrido seis meses.....

Se dejó vestir perezosamente y despidió á sus nuevas doncellas. Quería estar sola, sola con su pensamiento. Dejó caer la mirada indolente sobre su ocioso costurero, encima del que se hallaba el último número de *La Moda elegante*, y acercóse para cogerlo y ver lo primero que las mujeres ven en los periódicos de modas: los figurines. Pero ántes de que la mano llegára al periódico, los ojos, más rápidos, vieron clavado en la almohadilla del costurero un alfiler de oro. Desclavólo, y examinándolo vió que representaba una mano primorosamente fabricada que empuñaba un telescopio, en cuyos extremos brillaban diminutos cristales. Creyó al pronto que su madre le habria preparado aquella sorpresa, y alzándole á la altura de sus ojos para examinar más atentamente la caprichosa joya, aplicó la mirada. Fijóla un instante al traves del pequeño antejo, palideció, y apartando el alfiler de sus ojos, pasó la mano por la frente, se apoyó en el respaldo de un

sillon que encontró á mano, y exclamó con angustioso desaliento:

—¡Dios mio, esto es horrible!

¿Qué habia visto?

Al traves de los cristales microscópicos del antejo, rodeado de extraña claridad como flotando en el aire en formas precisas y en conjunto indeciso, pronta á desvanecerse y pronta á aparecer, distinguió la imágen del Duque.

Su imaginacion atribulada le recordó que alguna vez habia visto aquel alfiler prendido á la corbata del Duque, cuyo retrato en diminuta fotografía se hallaba contenido dentro de aquel fantástico telescopio. Se sintió aterrada. Una mano invisible la perseguia con tenacidad implacable; la tarjeta, el pañuelo, aquel retrato. ¿Qué significaban estas tres apariciones? Disimuló la inquietud que la agitaba, guardando profundo silencio, pero su semblante descubria la agitación de su alma, y entre los criados corrió el sordo rumor de que la señorita habia visto la sombra del Duque.

La noche del primero de Noviembre se

acostó Mercedes más tranquila que las noches anteriores; despidió á sus doncellas, y despues de dar algunas vueltas por los espacios no del todo risueños de su imaginacion, se quedó dormida.

Una lámpara de china cubierta con una gasa verde dejaba escapar los tenues reflejos de una luz, que en vez de iluminar la estancia la llenaba de vagas tinieblas, dando á los muebles y á las colgaduras esas formas fantásticas que todos los objetos toman bajo las inciertas oscuridades del crepúsculo. Las oscilaciones de la llama escondida en el seno de la lámpara y bajo los pliegues del crespón verde que la cubria, se reflejaban en las paredes, en el techo y en la alfombra, en los muebles y en las cortinas, imprimiendo en ellos trémulas y pavorosas vacilaciones.

Hallábanse las doncellas sumergidas en las dulzuras del primer sueño, cuando resonó sobre sus cabezas la aguda voz de la campanilla, cuyo cordon caia junto á la cabecera de la cama de la criolla. Ambas se despertaron, diciendo:

—La señorita llama.

Y no cabia duda, pues la campanilla violentamente sacudida continuaba sonando. Ambas, cubriéndose con lo primero que encontraron á la mano, acudieron al cuarto de la señorita. Una de ellas tuvo la precaucion de llevar luz, y al descorrer las colgaduras de damasco que cubrian la cama de la criolla, quedaron aterradas al ver á ésta, pálida como la muerte, que se agitaba en movimientos convulsivos, y gritando con voz que apénas salia de la garganta:

—Lo he visto, lo he visto.

Creyeron que se encontraba bajo la tenaz influencia de algun sueño terrible, é intentaron despertarla; mas ella continuaba diciendo:

—Lo he visto, lo he visto, allí; y señalaba á los piés de la cama.

Toda la familia se puso en movimiento, y acudió al cuarto de Mercedes hasta la señora de Vegahonda seguida de Francisca, que restregándose los ojos miraba el espectáculo con semblante atónito. Se preparó inmediatamente una taza de agua de tila, que con unas gotas de azahar calmaron algo la agita-

cion nerviosa de la niña. Entónces dijo con voz temblorosa :

—He visto la sombra del Duque.

—Niña, ¿qué dice? exclamó la madre asombrada.

—Sí, añadió; era su sombra, que surgía del fondo del suelo; primero alta, muy alta, más alta que el techo; despues baja, muy baja, como si se arrastrára por la alfombra. La vi acercarse á los piés de mi cama, oí que poco á poco levantaba la colgadura y sentí sobre mis piés el peso de sus manos, de sus manos frias como la nieve; más aún, como la muerte.

—La señorita ha soñado, se atrevió á decir una de las doncellas.

—No, replicó la criolla, no he soñado; tenía los ojos bien abiertos.

Pero, niña, añadió la madre, ¿cómo ha podido ver todo eso al traves de las colgaduras de la cama, que son de damasco?

—No lo sé, contestó Mercedes, no lo sé; pero yo lo he visto.

La negra, pegada á la señora de Vegahonda, dijo en voz baja :

—Hoy es el dia de los Difuntos.

En esto la criolla se encogió repentinamente, estremeciéndose y dando un salto sobre la cama.

—¡Ahí está! exclamó aterrada.

—¡Quién, niña, quién! preguntó la madre.

—¡Él! contestó la hija. Yo lo he sentido en los piés de la cama.

La doncella que tenía la bujía en la mano acabó de correr la colgadura, y una exclamacion involuntaria se escapó de las bocas de todos los circunstantes. Y habia razon para ello, porque era increíble lo que estaban viendo. A los piés de la cama de Mercedes, y descansando sobre el rico damasco de la cubierta, habia una corona fúnebre, una de esas coronas de siemprevivas con que se adornan las sepulturas en el dia de los Difuntos.

Al dia siguiente Mercedes no pudo levantarse; tenía calentura y en el delirio pronunciaba palabras incomprensibles, de las que únicamente se colegia que la sombra del Duque vagaba por su extraviado pensamiento.

Todas estas cosas contaban los criados de la casa.

La señora de Vegahonda no sabía qué pensar, y se le iba el tiempo en continuas exclamaciones, sin pensar nada.

Mercedes se volvía loca, sin acertar á comprender de dónde venía tan terrible persecucion contra la que se hallaba indefensa; y ya viniera de este mundo ó ya del otro, bien fuera la mano de un vivo ó la mano de un muerto la que de tal manera le asediaba, no sabía ni cómo huir ni cómo defenderse. Llegó á sospechar que la Marquesa, sobornando á algun criado de la casa, quizá á sus mismas doncellas, se vengaba de ella martirizándola con el recuerdo de su hermano. Mas inmediatamente recordaba lo que habia visto con sus propios ojos, y entónces creía que era la sombra del Duque la que la perseguía, y su pensamiento atribulado se fijaba en Lanuza, que era á sus ojos el único hombre que podía defenderla.

El médico no vió en la enferma más que una exaltacion nerviosa, contra la que agotó el tesoro de los calmantes, sin

conseguir tranquilizar su espíritu agitado.

No se hablaba en la casa de otro asunto, y sólo Francisca parecia huir de estas conversaciones. Un dia oyó que una de las doncellas decia :

—Se conoce que la señorita adoraba al señor Duque y no lo olvida; su muerte le va á costar cara.

Al oír estas palabras se dibujó en los labios de Francisca una sonrisa indefinible..... Era la primera vez que sonreía despues de la muerte del Duque.

—¿Qué dice la negra? le preguntó un lacayo viéndola sonreirse.

—Digo, contestó Francisca, que soy negra y me alegro, porque así llevaré luto toda mi vida.

La doncella y el lacayo se echaron á reír, y la negra fué á acurrucarse á los piés de la señora de Vegahonda.